

que, olvidados desto, ejerciten en su más que madura edad las acciones vengativas de aquel formidable odio que en la mocedad engendraron. Ni quieren conocer que si el jóven puede morir presto, el viejo no puede vivir mucho; ni que de jóvenes escapan todos los que llegan á viejos, pero de viejos, ninguno. Claro es que no conocerá esto el que casi no conoce á Dios, por aquella tibieza con que observa, ó no guarda, por mejor decir, sus preceptos, y en particular el primero y el quinto; aquel, porque mal puede amar á Dios quien á su prójimo aborrece; y este, porque su único deseo es ofenderlo y arruinarlo.

Equivocan algunos ignorantes esta tibieza con la flaqueza, siendo así que distan mucho, tanto como de uno al otro extremo. Esta puede ser virtud, pero aquella siempre es culpa. Gran dolor necesita el tibio, y solo mucha humildad el flaco. La tibieza es falta del ánimo, la flaqueza efecto de nuestra miseria. Al tibio aborrece Dios, y del flaco se compadece. De aquel, y no de este, se lee en el *Apocalipsis* que le vomita Dios. A este Señor, de quien dice Isaias que no mata al lino que humea ni acaba de quebrar la caña cascada (vivas representaciones del flaco), nos le pinta san Juan tan aborrecedor del tibio, que le lanza de sí como vomito.

Mas dudando yo hubiese alguno que mirase más por otro que por sí, reflexiono agora que estos tibios en amar á Dios, pero en perseguir al prójimo fuertes, lo hacen con propiedad: pues en el mismo injusto padecer que á este motivan, miran más por él que por sí propios, pues lo que en ellos es culpa, será en aquel mérito si lo lleva con paciencia. Esta es la llave prodigiosa labrada con las mortificaciones (que causa la aversion con que nos tratan y castigan los que mal nos quieren), que abre las gloriosas puertas del cielo, donde nos asegura una corona de dichas eternas, que se mereció tolerando una vida de trabajos y asechanzas continuas.

De todos mis contrarios puedo librarme, como no sea tibio en obrar bien, porque á los desta especie ya los tiene respeto la crueldad, porque la exceden en todas sus operaciones. No es discurso mío, que el mismo Dios lo dice. Luego mal podré desembarazarme de mi enemigo cuando es todo aquello, y si cabe, mucho más; que ni cabe en la voz para pronunciarlo, ni tiene ámbitos el papel para escribirlo. Bastante lo siento, no tanto por lo que paso, cuanto por lo que él se pierde; porque no es otra cosa para quien obra contra el prójimo, que labrarse su eterna perdicion en el mismo mal que á este motiva: pues del daño que le ocasione resultará la ruina que le precipite.

Yo sé muy bien que desde cualquier rincón se puede saltar al cielo, porque en la resignacion consiste la bienaventuranza. Padezca yo enhorabuena su rigor, sienta su poder, castigame su brazo y aniquíleme enteramente su crueldad; que, por más lastimado y rendido que me deje su odio, más quiero, como me enseña Cristo, perder un ojo para entrar en el cielo, que ser arrojado en el infierno con ambos.

Lo que creo y pienso es, que mientras más trazas perniciosas y ardidés depravados fabrique para duplicar mi tormento, de aquella misma punta con que me hiera nacerá la rosa que me corone. Dios es gran consolador del triste que lo busca; y así como el

jardinero que quiere más fragante el rosal suele cercarle de la basura de más desapacible olor, así tambien aquel Señor entonces quiere más al hombre cuando le ve en mayores persecuciones, manifestando su humildad en tolerarlas.

Lo que hoy sufre el perseguido premia Dios mañana, disponiendo se descubra su inocencia y la maldad de sus enemigos. No fien estos del secreto ni del poder, porque nunca dejó de hacerse pública la culpa que cometen algunos por cómplices, siguiendo al que la ordena por cabeza. Aunque este y aquellos la callen, los brutos la publicarán. Boca tendrán las paredes, lengua los mármoles, y ya se sabe que tienen eco los techos, como dice Juvenal. Sentencia es de Dios, en el *Eclesiastés*, «que las aves darán voces, y con las plumas de sus alas escribirán la sentencia de los delinquentes.» Aunque gentil, habló Séneca como un san Pablo cuando dijo: «Necio es, por sábio que sea, el que cree que, por oculto y rebozado que esté su delito, no se ha de hacer público á todo el resto de los hombres; el mismo sigilo con que conserve su delito ha de hacer reviente el pecho que lo guarda, ó que lo vomite.»

Dió Filidas la muerte á su hermano Artufo con el ansia de heredar á su padre Ritursio. Este fratricidio fué tan secreto, como que aconteció estando Filidas, al parecer, aunque despues resultó lo contrario, muy enfermo. Y habiendo amanecido Artufo con dos puñaladas en su cama, en nadie menos que en Filidas ponía Ritursio la atencion para indagar quién fué el cruel brazo que á su hijo primogénito dió cruel y traidora muerte. Mandó no dijese nada desta á Filidas, por no duplicar con la pesadumbre el accidente fingido, que el infeliz padre tenia por verdadero. Todas diligencias se hicieron; pero no se descubria el agresor, por más que discurría la cautela y el cuidado de descubrirlo. Mejoró Filidas, porque ya vió se iban resfriando las memorias de tan lastimosa tragedia. Pídele un día á su padre le alargue las chinelas para salir un rato de la cama. Tómalas el buen viejo para dárselas, y advierte que en la suela de la de la derecha estaba pegada una sortija que siempre trajo consigo su querido cuanto desgraciado hijo Artufo, y no se le halló cuando se le encontró muerto. Recuerda este hallazgo su sentimiento, y este prontamente avisa á su cuidado. Registra con todo el que pudo aquella y la otra chinela, y halla en esta dos gotas de sangre, que al instante inflamaron la suya, por serlo aquella misma. Y en el mismo instante, atropellándose los discursos unos á otros, juzga con verdad que el reo es su hijo, siendo otro hijo el muerto. «Artufo traia siempre consigo esta sortija (decia para sí Ritursio): yo se la vi la noche de su desgracia. No se le halló cuando cadáver, al paso que Filidas no pudo pisarla á no haber entrado en el cuarto de Artufo, porque este no entró nunca en el de aquel. Esta sangre de la otra chinela, ¿quién duda es la mia, por ser la de mi Artufo? A este hijo mio mató Filidas, mi hijo, por avaricia. Pues sea instrumento de la muerte de Filidas su padre; que en esto vengará con su sangre á su sangre, y hará recomendable esta accion á la justicia.» Dióle las chinelas á Filidas, y partió á referir el caso al Senado. Aseguróse á Filidas; y como el traidor siempre es cobarde, no tuvo otra cosa

que responder sino confesar su delito, y sufrir por él la pérdida de su vida, á que justamente lo sentenciaron.

Por estos ó por otros semejantes inesperados trámites se descubren siempre las traiciones y las crueldades. Nada me lastiman, aunque con rigor me ofenden, los que conmigo las causan, porque no quiero ser de aquellos malos que solo temen la fama, sino de los pocos que solo respetan sus conciencias. Y es evidente que sin gran trabajo no se compra una gran fama.

Comprenda vuesamerced, amigo mio, por qué modo tan raro espero la satisfaccion del castigo que paso, sin merecerlo por lo que me culpan, como largamente expresé á vuesamerced en mi anterior. Lo que ejecutan conmigo ha de pasar (y aun creo será peor) con los que lo motivan. Preciso es que experimenten en sí el mismo mal que ocasionan á su prójimo, porque está muy mal con Dios quien con aquel no está bien.

Cierto Licurgo queria vengarse de Manlio, porque era justo en su profesion, cortándole las cepas de una viña; y del mismo airado impulso para ejecutarlo, resultó su castigo, pues él proprio se cortó un muslo. No pueden faltar las sentencias de Dios, y tiene dicho esto mismo en distintas partes.

Así como espero la remuneracion de mi tolerancia (que pido á Dios sea en descuento de mis gravísimas ofensas contra su Majestad divina), así tambien aguardo se mejore la enfermedad de mi tormento, aun en el tiempo en que menos lo solicite. No hay tempestad sin bonanza, ni hambre sin satisfacerse. La rueda desta que llaman fortuna siempre está en movimiento continuo. Los que están en la eminencia de su rueda, solo deben temer, aunque no lo temen, el caer; el abatido no lo puede estar más si tocó el último grado de la infelicidad, como á mí me sucede. Por lo mismo solo aguardo de una á otra vuelta subir; porque si el dichoso ha de temer verse infeliz, el infeliz bien puede esperar verse dichoso.

Todo esto tiene más superior objeto que el que se representa. No es esta dicha que digo las que en este destierro se disfrutan, sino aquellas que en la patria se gozan. Infeliz soy en extremo por haber ofendido á Dios; pero si á este conocimiento acompaña el debido dolor, y el prometimiento constante de la enmienda, es indispensable que llegaré á ser dichoso eternamente.

Al poner este punto se oyó abrir la puerta primera de mi prision para bajar la comida, pues aunque en esta hora no acostumbro escribir, sino leer, como llevo dicho, hoy quise concluir esta que principié ayer; lo que ejecuto, diciendo solo aplique vuesamerced todos sus esfuerzos, sus máximas y entereza para percibir y comprender clara y distintamente el orden que se guarda en mi causa; pues, como no se me ha oído en justicia, penetro no se han fabricado otros documentos que justifiquen las culpas que me acumulan (tan voceadas como no cometidas), que aquellos que llevaron á los reales oídos el rencor, la malicia y el engaño y la cautela. No siendo esto así, á lo menos se me habia de haber tomado confesion; porque sin esta circunstancia, no es visto ni hay disposicion legal que lo permita, se imponga el castigo á quien presumen reo. Y aun cuando esto esté justificado plenamente, la confesion

es el indispensable requisito para dar curso y exámen y sentencia definitiva al proceso.

Avíseme vuesamerced de cuanto pueda descubrir en este asunto, y en los demás que le tengo encargados, pues me precisa disponer un escrito para el Rey, que creo me sirva de mucho, y lo dirigiré á las reales manos por las de vuesamerced; y no puedo ejecutarlo sin semejantes noticias.

Quedo tan de vuesamerced como siempre, rogando á Dios guarde la vida de vuesamerced muchos y felices años, sin enemigos crueles y poderosos, que será suma complacencia para su verdadero amigo de vuesamerced. — *Quevedo*.

CARTA CXII.

Carta moral é instructiva que á don Francisco de Quevedo Villegas dirigió Adán de la Parra, su grande amigo, en respuesta de las dos antecedentes. (a)

Amigo, dueño y señor: Satisfago á las dos elevadísimas de vuesamerced, en cuya primera me refiere la causa cierta de la prision que padece, y en la segunda me pinta la habitacion que le sirve de cárcel, y la vida que en ella pasa. Una y otra causaron en mi alma los más poderosos efectos del júbilo y de la tristeza. Aquel por ver á vuesamerced, como racional abeja, sacando miel de lo amargo; porque entonces se aliña más el alma, cuando con paciencia se resisten los trabajos que injustamente buscó la enemistad al cuerpo. Y esta, porque cuanto vuesamerced experimenta de tormento, paso yo de martirio.

No siempre lo antiguo tiene ganado crédito de verdadero.

Que no hay amor sin provecho,
Ni amistad sin beneficio,

dice un antiquísimo lema; pero, ó es falso, ó no habla con aquellos, si difíciles de hallarse, estrechísimos e inseparables vínculos (si se encuentran) con que une á las almas la amistad. De la mia no sé decir más que lo que de la suya dijo Diógenes estando enfermo su amigo Casio: «No estoy bueno, dice, porque mi amigo está malo.» Entonces tendré yo consuelo, cuando vuesamerced no tenga penas. Por lo mismo, no es otro el interés de mi amistad, que de buscar el bien de vuesamerced, quien no está obligado á agradecerme, porque todo el que trabaja para bien suyo, aunque de él resulte conveniencia á otro, no está obligado á agradecimiento, sin embargo de que goza del beneficio; pues aquel que se lo proporcionó, no lo hizo con atencion ni miramiento al extraño, sino con referencia á sí propio. A este modo, cuando yo solicito y deseo el total alivio de vuesamerced, es por propia conveniencia mia, pues pende en conseguirlo quedar yo libre de congojas. Cuando vuesamerced lamenta, es cuando yo suspiro; mas cuando se alegre, será cuando me complazca. Aunque no sea más que por esto, me precisa desear no tenga vuesamerced que padecer, pues así no tendré yo que sentir.

(a) La insertó Valladares muy mutilada en el *Semanario erudito*, á la pág. 91 del tomo I. Pero yo fijo mi texto con ella y un manuscrito de la biblioteca particular de su majestad la Reina, que tuve ocasion de ver detenidamente en casa del señor marqués de Pidal, autorizado para disfrutar aquellos preciosos tesoros literarios.

Si pudiesen ver esta carta muchos, creo dirían algunos que este modo de explicarme no pasaba de hiperbólico y exagerativo, pero falto, á la verdad, de certidumbre. Nada menos que no haber sabido nunca ser amigo fiel, supone el que ignore estos milagros de la amistad. Los corazones de los verdaderos amigos guardan tan prodigiosa armonía, que mensajeros casi infalibles de las dichas ó de las desgracias, dan aviso de estas ó de aquellas con sus movimientos y inspiraciones. Si son de pena, se oprimen, influyendo y comunicando al alma una especie de melancolía tan rara, que cuanto se respira es más zozobra que aliento. Si son de júbilo, se dilatan, y con alegrísimos anuncios llenan el pecho de vehementísima alegría. Bien experimentaron esto Litarco en Atenas, y Arfilao en Troya. El primero estando preso Claudiano, su amigo, aunque muy distante de su vista, exclamó diciendo un día después de comer, siendo exequia de su sentimiento un profundísimo suspiro: «¡Ay infelice, que según la opresión que en este instante padezco en el corazón, ó me avisa mi muerte, ó la de mi amigo Claudiano en su prisión; y me será tan sensible una como otra!» Y se verificó la muerte deste en aquella misma hora. Y el segundo, habiendo sido su amigo Placio desafiado, á cuya palestra no pudo asistir Arfilao por estar enfermo; á poco rato de la comenzada batalla, se incorporó intrépidamente sobre el lecho, queriendo arrojarle del con alegrísimos extremos; y preguntada la causa, dijo: «Sin duda ha vencido Placio, pues así me lo avisan los consuelos de mi corazón.» La inmediata vuelta de Placio con la cierta noticia de haber muerto á su contrario, aseguró el vaticinio.

Destos casos tan prodigiosos están llenas las historias. No remito á ellas á quien dude su verdad, porque esta en semejantes casos se acredita más con experiencias que con ejemplos. ¿Cómo dará crédito á estos aquel cuyo corazón es tan duro, que jamás le enseñó esta nobleza? Queden pues castigados los incrédulos con la misma deslealtad de sus corazones; pues infieles á la amistad, proceden como insensibles. Sé decir que el mío más de una vez me ha manifestado con sus avisos esta evidencia. No hace muchos días que me llené impensadamente deste género de gozo imponderable. Carecían, al parecer, de motivo aquellos alegres movimientos con que el corazón inflamaba al pecho; y ahora reflexiono, y con razón, serían efectos de haber quitado á vuesamerced los grillos, que me comunica en su segunda. A más extendiera este punto, pero hay otros importantes que evacuar.

Vuesamerced conoce mi corazón, y sabe todo el fondo de la amistad que le profeso. La experiencia se lo ha acreditado, no mis palabras; que cuesta poco ponderar mucho, y hacer nada. La misma fineza de mi amistad es la que da motivo para que en esta carta obre con vuesamerced con toda la fuerza del cáustico, huyendo adrede de la blandura del lenitivo. No captaré su atención con parsimonias, sino empeñaré su ánimo en lo más justo con entereza. La dulzura de las voces oculta la ponzoña de la lisonja; y el que ama á otro, no ha de ser con él lisonjero, sino veraz y fuerte. Siendo el hijo la prenda que más estima el padre, tal vez para remediar su salud le corta un brazo por su mano. San Jerónimo prueba la dulzura de aquella especie:

«Creedme, dice, que bajo la dulzura de las palabras está escondido el veneno.» Muchos hay que llevan una desta calidad en su lengua, y otro en su corazón. Todo lo que parece acarician con el primero, matan con el segundo. En otra parte confirma el santo por amable la entereza de las voces, pues dice: «En sus voces conocerás quién es tu amigo, porque entonces resplandece más la amistad verdadera, cuando las palabras con que se explica son más para corregirte que para deleitarte; que aquellas por fieles descubren el amor verdadero, y estas por falsas manifiestan la verdadera traición.» Y en una palabra, no es leal el que porque su amigo dice «calor tengo», responde (aunque haga frío) «que está sudando»; que este, si tiene de amigo el trato, es lisonjero en el modo.

Con las reglas desos preciosos documentos, cuya imitación guardé siempre con los pocos amigos que tengo (que apenas llegan á dos, siendo vuesamerced el uno entero), me precisa, si no corregir, á lo menos extrañar como no fundadas algunas proposiciones de sus cartas, que deben pasar más por sutiles que por verdaderas; porque, aunque estas preciosas producciones descubren los talentos, ocultan las realidades, las que en todo caso deben ocupar el lugar primero. Bien comprenderá vuesamerced que no es otro mi ánimo que el de no quererle tan cargado de paciencia, que se equivoque con la culpa; y tan lleno de tolerancia, que la tengan muchos por delito. Lo que en unos es virtud, puede ser pecado en otros. La cicuta, que es un veneno tan activo, engorda á las gallinas que la comen. El ver á Crisanto tan abstenido de todo comercio con el otro sexo, no era virtud adquirida, sino insensibilidad heredada: como no le instaba ningún estímulo, no le movía otra continencia que la que es propia de un tronco. «Si se abstuviera (decían muchos, y con razón) por el temor de Dios, no tendría tan poco cuidado con su conciencia en otras materias.» Y el advertir á Aurelio tan parco en la comida y bebida, tampoco era templanza, sino falta de apetito. A este modo, ¿qué importa que quiera vuesamerced obrar como dice en la suya, si, á mi parecer, esas mismas obras carecen de reflexión? La prudencia que no mide el fin desde el principio, más es delirio que prudencia. No soy inclinado á confundir los conceptos sin declarar los asuntos, porque entonces se explican mejor las voces, cuando se hallan declarados sus objetos.

Aunque observaba profundo silencio en vuesamerced para disculparse de lo que le atribuyen y motiva su prisión, nunca creí fuera otra la causa que la de estar callando para irse previniendo. Por lo mismo le decía en las mías, y alguna vez enojado, que ¿hasta cuándo había de durar su no defenderse? Poniale presente que algunos atribuían á verdadera culpa la que á vuesamerced fulminó el odio, acrecentándose aquella más por el silencio de vuesamerced que por la aseveración de los contrarios. Esperaba, en fin, de tanto callar un gran golpe; pero me le causó vuesamerced grande en el corazón, cuando clara y distintamente me dice en su primera larga (con cuyo nombre la diferencia de otras reducidas que la antecedieron) que está empeñado en no disculparse, por más que juzguen los hombres lo que quieran de su silencio, «porque se disculpa más el que calla que el que con defender-

se procura acreditar su inocencia; apoyando esto con que Cristo nuestro bien no se disculpó á los cargos que Pilatos le hizo; y el gran concepto que este formó de lo que era Cristo, fué porque no se disculpaba.»

Ciertamente, amigo mío, que no puedo disculpar adónde tenía vuesamerced empleado su alto entendimiento cuando usó de una prueba que, siendo tan admirable y prodigiosa en el Redentor del mundo, es en vuesamerced, si no ridícula, insulsa á lo menos. ¿Quién piensa así? ¿Un Quevedo producir lo que aun Zoilo lo tendría por simpleza? A un preso que callaba á los cargos que el juez le hacía, dijo este: «Haces sabiamente si eres necio, pero neciamente si eres sabio.» Sin duda estaba vuesamerced preocupado de algún pesado sueño, con el que embargada la razón y oprimida la prudencia, fué árbitra la fantasía para semejante disculpar, cuando produjo y se pagó tanto deste alucinado pensamiento. Así como de cuantas flores al árbol, de tantas esperanzas de frutos corona al labrador la primavera, así también en cuantas defensas hace aquel á quien se reputa reo, se corona de otras tantas esperanzas que justifiquen su inculpabilidad.

No es aquel gran ejemplo de Cristo, que vuesamerced toma por refugio, de tanta fuerza como piensa para no disculparse. El ejemplo no debe medirse por las personas, sino por las cosas. Si el acto es conocidamente de virtud, se ha de tomar el ejemplo, aunque lo ejecute un saltador; pero si es menos virtuoso, no se debe tomar, aunque sea de un ángel del cielo ó de un apóstol de Jesucristo. Por lo tanto, dice san Pablo (como vuesamerced lo trae en su primera larga de que hablo) «que se huya de todo lo que no edifique, por licito que sea».

Pero prescindiendo desto, y para convencer á vuesamerced en la parte de que trato,—aun de las obras del Hijo de Dios, que fueron de solo condescension para alivio de nuestra naturaleza, dicen los santos padres que no fueron para imitarlas. Una destas es aquel santísimo y adorable silencio de su divina Majestad en el caso de culparle Pilatos. No solo no debe imitarse en tales eventos, sino que puede pecarse en hacerlo. Claramente lo dice Dios: «Cuando te acuse tu enemigo de lo que no has hecho, sufre con paciencia la persecución; pero discúlpate, que en justificar tu inocencia libro yo el castigo de aquel.» No tiene el texto otra interpretación que la que suena; es un precepto que obliga á su observancia. Luego comete culpa quien ejecuta lo contrario. Indiscreta es la pasión que se arrastra á lo imperfecto; y si no merece castigo (que rara vez se exime del), es digna de reprehension. Esto mismo está vuesamerced practicando con callar.

No solo falta vuesamerced en no disculparse á sí mismo, sino á los propios y á los extraños. Falta vuesamerced á sí mismo, porque quiere, con no poner los medios que acrediten su inculpabilidad, que el falso delito que le atribuyen quede por verdadero á la posteridad; y vuesamerced mismo dice en la suya á otro asunto que viene derecho á este, «que el morir no es delito, aunque es pena; lo que es delito es dejar mal nombre en el mundo de lo que en él se hubo vivido.» Y ¿qué delito no comete vuesamerced cuando, en fuerza de una inconsiderada aprensión, quiere oscurecer su nombre, dejándole sin crédito en el mundo, pudiendo en-

regarle sublime al imperio de los futuros siglos? Si las propias voces de vuesamerced le convencen, ¿cómo quiere argüirme con ellas? San Pablo, para mayor prueba mía y confusión de vuesamerced, dice las siguientes, que son terribles: «No calles cuando el testimonio que te levanten sea contra tu reputación; que en amar tu buen nombre no obras contra tu prójimo; antes pecarás si no procuras llevarle á la tierra con la misma ó mayor estimación.» Falta vuesamerced á los que tienen su apellido y su sangre, porque si sirven de timbre y blason las heroicas acciones del pariente, ¿por qué no han de servir de lunar los delitos que en él se tengan por ciertos? Ultimamente, falta vuesamerced á los extraños, porque da lugar á que todos murmuren, y Dios dice «que aun las obras buenas no se deben hacer, si dellas resulta notable murmuración».

Pero es para el caso más su boca de vuesamerced que los argumentos míos. En una obra suya, y como tal elevadísima, que me remitió desde otra prisión, no estando yo lejos de experimentarla también por los mismos incidentes, dice vuesamerced así (a): «No miraba el Duque (de Osuna, que igualmente estaba preso) estas cosas; y erró en presumir que su conciencia valía por todos los testigos sus contrarios, y que su grandeza y servicios eran satisfacción de todo; y así, no hizo defensa alguna, remitiéndose al desprecio que hacía de su prisión. Mas como las leyes ni los jueces se gobiernan por conciencias, vino el Duque á quedar desabrigado y sin respuestas para las acusaciones.» Esto es de vuesamerced, como también, «que más se disculpa el que calla que el que con alegatos se defiende.» Mal se compadece esta con aquella doctrina; distan de extremo á extremo. Afirmar aquí una cosa y negarla en otra parte, es torpeza del entendimiento, ó poco discernimiento del discurso, ó efecto de voluntaria fantasía. Yo bien sé cuál debe seguirse destas dos opiniones, pero vuesamerced parece dudó cuál debía creerse. Mucho defecto es este para quien tanto sabe, y defecto que, por padecerlo vuesamerced, es fuerza que le sienta yo.

La primera proposición de vuesamerced, con la razón convence; la segunda solo se sostendrá con sofisterías. La razón es superior á todo; luego ¿por qué hemos de ser tan torpes, que abandonemos lo real por lo sofisticado?

A la defensa, amigo mío; que á mí poco me serviría el ser fidelísimo Chusi (b), como vuesamerced me lo manda, para examinar las máximas deste Achitofel, si advirtiera á vuesamerced pertinaz en su sentir. Más es esto pusilanimidad del alma que grandeza del corazón. Salir á rostro firme á vindicar la reputación con enemigos poderosos, no es otra cosa que granjear el triunfo, despreciando su poder y confiando en la razón que se tiene. No siempre duran los crueles en un imperio; fin desastrado experimentan todos, y tal vez por medios muy ajenos de comprenderlos aquella grandeza con que viven. Y ¿qué sabe vuesamerced si su defensa sería el instrumento destinado para la justa ruina deste azote de la patria, tergiversación de la

(a) En los Anales de quince días.

(b) Véase el capítulo 18 del libro II de los Reyes.